

sensitivas, en pleno estado fisiológico, o al menos no modificado por agentes histogénicos.

Esta notoria superfunción nerviosa, comprobada en la sensibilidad general, igualmente que en sus diversas modalidades de todos los sujetos sometidos a un agente hipnótico, ha sido objeto de repetidas experiencias y observaciones por sabios profesores, de indubitable autoridad científica,

sentando un firme cimiento para futuras investigaciones; y, de aquellas, en exposición metódica, es preciso aquí un resumen, del que se desprendan lógicamente las conclusiones de donde ha de derivar o ser punto de partida el estudio orientado a desentrañar lo que haya de positivo en el problema telepático, en muchos fenómenos hipnóticos.

DÍO A. VALDIVIESO Y PRIETO

Diálogo de actualidad

—¡Qué tristeza de ser hombre!

—Me parece que llevas tu pesimismo demasiado lejos. Un día reniegas de la vida, alegando que no vale la pena de ser vivida; otro te complaces echando pestes contra el género humano, y ahora me sales con que es lamentable pertenecer a un sexo en cuyo seno se cuentan tan puros demócratas como el señor don Ricardo. ¿Qué desearías ser entonces? ¿Te gustaría pertenecer al género femenino?

—¿Mujer? Ni en broma... Y menos ahora que se lanzan al *sufragismo* con una serie de discursos embotellados, para cuando sean diputados, diputadas, o como se diga.

—¡Ah, ya veo! Tú detestas del género a que perteneces, sin duda porque deseas una situación menos llena de quebrantos estomacales. Apostaría a que si te concedieran en el partido socialista, o en otro, una modesta presidencia de..., una placeja de diputado o de concejal, con las casitas y otros negocios que vienen después silenciosamente...

—Te equivocas. Ten en cuenta, para juzgar mejor, que en el partido socialista, como en todos los partidos, hay demasiados ambiciosos para que fuera posible realizar todos esos proyectos enseguida. En el partido republicano hubo un tiempo en que se ganaban algunas pesetejas, aunque no tantas como las que ganó Lerroux con el famoso *truco* del cañón.

—Entre paréntesis: no entiendo eso del cañón.

—Sí, hombre, sí; aquel terrible cañón que había en cierto centro republicano de Madrid, cuya pólvora seca estaba llamada a derruir los propios cimientos de la monarquía española, y que se enseñaba en secreto a los ilusos republicanos de provincias, a quienes se asustaba, diciéndoles muy sigilosamente al oído: «Con éste y dos generales más... que... tenemos comprados...» Pero hoy ¿quién cree en tales generales, ni en semejantes cañones?

—Vaya, ahora caigo. Tú quisieras ser torero, conquistar aplausos y pesetas por esas plazas que tanto honran a nuestra nación y que hacen exclamar a los extranjeros, cuando nos ven por allá: «¿Usted ser español? ¡Cagamba, cagamba! ¡Ollé le togeador! *Vu cer español. Ollé el togó, la guitaga!*...»

—Continúas equivocándote. Ya sé que el torero es la figura más notable que hoy tiene España, aparte de los lidiadores de la política, que son también un producto nacional muy escogido. Pero no olvides que en tierra de dehesas *un cabestro es el rey*. Y yo me considero algo más que todo eso.

—Pues, chico, eres muy difícil. A menos que quisieras ser poeta...

—¡Por Apolo, no digas atrocidades! ¿Yo poeta? ¿Yo cantar himnos a la bandera nacional? ¿Yo gastar los nombres de las flores, del mar, del sol, del alba, de la lana y de otras cosas útiles a nuestra cara existencia? No; yo no quiero degollar el castellano co-